

PARMÉNIDES  
EL CANTO DEL FILÓSOFO

JOSÉ SOLANA DUESO

PARMÉNIDES  
EL CANTO DEL FILÓSOFO



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: junio de 2014

© José Solana Dueso, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6276-3

Impreso en Larmor

Depósito legal: B. 11827-2014

Impreso en España

# Índice

Mapas . . . . .	9
I. Amarás la tierra que acoja tus versos . . . . .	15
II. La diosa que todo lo gobierna. . . . .	207
III. Aquiles y la tortuga veloz. . . . .	441
Documentación . . . . .	671

I

**AMARÁS LA TIERRA  
QUE ACOJA TUS VERSOS**

## 1. La hermosa tierra de Quíos

El honorable presidente del clan de los Homéridas, Enópito de Quíos, inauguró la Asamblea anual recitando con parsimonia y solemnidad el juramento acostumbrado, por el que cada uno de los allí presentes renovaba sus promesas de fidelidad al grupo. A continuación, como todos temían, el rumor se convirtió en terrible verdad. «Hay un traidor», sentenció el presidente. Hizo una ominosa pausa, tras la cual, apuntando con su dedo conminador, nombró al joven Cineto y, sin ningún titubeo, con voz que destilaba acritud, añadió como colofón la fórmula ritual: «Muerto estás». El marco solemne y festivo de la ceremonia no lograba enmascarar la brutal realidad del destierro que se ocultaba tras la escueta sentencia.

Con la mente en blanco y los labios sellados, atenazado entre el asombro y el espanto, Cineto comprendió de repente que aquella tierra ya nunca volvería a acoger sus versos. Confuso y perplejo, frunció el ceño cuando vio que apenas los más jóvenes le enviaban un mensaje ambiguo de apoyo mezclado con evidentes signos de vacilación. Se sorprendió al observar cómo los socios del clan, que hasta ese momento lo adulaban como el joven rapsoda más prometedor, en el momento de la adversidad habían cerrado a cal y canto sus labios, dejándolo abandonado al azar caprichoso de un presidente arbi-

trario y déspota. ¿Cómo podía ser tan vulnerable el puerto de la amistad?

Se consolaba Cineto pensando que no había sido el primero en recibir en sus carnes el zarpazo de tan fatídica sentencia, más fuerte y más imperativa que una orden de Estratis, el tirano de la ciudad. La tierra de Quíos, que ahora debía abandonar, además de la isla, incluía también la comarca cerealista de Atarneo, situada en Asia Menor frente a la isla de Lesbos, de donde los quiotas obtenían la cebada y el trigo necesarios para su alimentación, para las ofrendas a los dioses y para preparar los pasteles sagrados que usaban en los ritos fúnebres.

Llegó a su casa dolido y confuso y, cuando contó la noticia ante su padre y hermano, éstos mostraron una reserva tan incomprensible como la de los compañeros Homéridas. Cineto todavía no sabía interpretar el juego de miradas y silencios. Observó a su madre, cabizbaja, que también callaba, y también él se sumó al mutismo colectivo del hogar. En aquel mismo instante, convencido de que el exilio era inevitable, comenzó a pensar en cómo preparar la marcha.

\* \* \*

Unos meses antes, Estratis, el tirano de Quíos, había descubierto una conspiración para derrocarlo. Como consecuencia, diez de los cabecillas fueron desterrados dejando tras de sí la inevitable secuela de sospecha sobre todos aquellos que mantenían buenas relaciones con ellos. Tal era el caso de Cineto, amigo íntimo de Heró-

doto, hijo de uno de los acusados. Ambos, discípulos de Enópito, formaban parte del clan de los Homéridas.

–Te obligan a exiliarte porque eras amigo de Heródoto –le comentó Nicómaco, el hermano mayor, cuando ambos estaban ya acostados.

–¿Qué importancia tiene esa amistad? –replicaba Cineto rebelándose contra la orden de Enópito.

–Alguno de los conjurados, un arrepentido que denunció la conspiración, declaró que contaban contigo para que fueras el panegirista del nuevo gobierno.

–A mí nadie me dijo nada, te lo juro.

–Yo te creo, hermano, aunque sabes de sobra que la acusación es verosímil. Tal vez eso ha sido suficiente, aunque no sea verdad.

Cineto calló por un momento y comenzó a hilar situaciones que hasta entonces le habían parecido una mezcla de azar y de encuentros amistosos.

–Tú tienes fama de ser muy bueno en tu oficio pese a tu juventud. Nada me extraña que alguien se fijara en ti. Estratis tiene la suficiente experiencia como para saber que las cosas hay que cortarlas de raíz.

–Si soy tan bueno como dicen, ¿por qué no ha intentado ponerme a su servicio? Siempre me ha rechazado.

–Los poderosos no compran la confianza.

–Pues bien que han comprado a Enópito.

–Sí, pero no todo se compra. El tirano sabe que nunca contará con la confianza de nuestro padre.

–Eso es cierto.

–Con este golpe, forzándote al exilio, envía un mensaje a nuestro padre y a otros que piensan como él.



\* \* \*

Al día siguiente, Cineto madrugó. En esa ocasión, no le vinieron a la cabeza como otros días hexámetros de Homero, sino una serie de tareas que debía llevar a cabo antes de partir. Zenófila, su madre, había madrugado más que él porque quería compartir con el hijo que iba a perder tal vez para siempre unas palabras, aunque fueran atropelladas y espesas, en las que ella pensaba condensar consejos que podrían ayudarle y que, en el peor de los casos, si no eran útiles para su hijo, serían para ella un remedio contra la zozobra causada por ese brusco y doloroso giro en la vida de su familia.

Zenófila se explayó en una mezcla de consejos al hijo e improperios contra el tirano que, con la mala lógica de su corazón herido, concluían en un alegato que acrecentaba la turbación de Cineto:

–Nunca debiste dedicarte a la rapsodia.

Cineto hizo esfuerzos por no contestar.

–¿Qué necesidad tenías tú de ir de aquí para allá, siempre a expensas del capricho de los ricos?

–Madre, ¿ya has olvidado el orgullo que sentiste la primera vez que te recité un canto de Homero?

–¡Hijo mío! –suspiró con emoción contenida, como volviendo a los tiempos en que los hijos todavía eran compatibles con el gozo de la madre.

\* \* \*

Mientras Zenófila se quedaba con los recuerdos, Cineto abandonó el hogar con impaciencia. Aunque todavía era

temprano, sabía que ciertas cosas no podían esperar. Se dirigió a casa de Enópito con un sentimiento de ira contenido por el cálculo y el temor. Aceptaba la sentencia del exilio, y más tras los motivos que le había explicado su hermano. Se iba forzado, pero no persuadido, pues tenía buenas razones para no comprender los tejemanejes del maestro. Durante muchos años había sido su discípulo predilecto. Con frecuencia, en lugar de recibir las lecciones de recitación, el maestro lo tenía horas enteras copiando manuscritos que nada tenían que ver con la poesía. Cineto llegó a tomar gusto a esa habilidad de copista, cuyos textos le abrían a paisajes completamente desconocidos para él. Fue un descubrimiento ver que, además de los versos de Homero, algunos sabios de Mileto, como Hecateo o Anaximandro, ponían por escrito relatos en una forma ajena a las reglas de la poesía. Enópito le explicó que había quienes concebían extrañas explicaciones que expresaban de forma no menos extraña. Muy pocos estaban en el arte de la escritura, una habilidad que los comerciantes utilizaban para sus cuentas y los tiranos para escribir las listas de los proscritos. En Quíos fue Enópito el primero que concibió la idea de poner este arte nuevo al servicio del verso. «Cuando la memoria falla, esta piel de cabra es el mejor ayudante», le decía a Cineto. «La escritura te da autonomía y no tienes que depender de la memoria de un joven como tú.»

Enópito hablaba de *pieles* y *pellejos* para referirse a los rollos de papiro. Esos nombres eran un eco de los tiempos en que los jonios escribían sobre pieles de cabras y ovejas, cuando no estaba todavía abierto el comercio con Egipto para los comerciantes griegos.

Cineto se pasaba días enteros escribiendo en *pellejos*. Cuando, a los quince años, con su memoria en plena potencia, se inició en el oficio de copista, le pareció una actividad aburrida y tediosa. Con el paso del tiempo, empezó a comprender la situación. Se sabía incontables cantos de Homero y podía recitarlos sin ninguna dificultad, pero los rollos crecían y crecían porque, como supo tiempo después, otros alumnos de Enópito se dedicaban a la misma tarea. Empezó a comprender que todo eso no cabría en su cabeza y que la escritura le ofrecía unas posibilidades vedadas a la memoria. Tomaba en sus manos una y otra vez los relatos de Hecateo y Anaximandro. No se sujetaban a ningún metro conocido ni de la épica ni de la lírica. Muchos días, en lugar de cumplir la tarea que se le encomendaba, volvía a leer estos escritos y no encontraba forma de retenerlos, salvo algunas frases, normalmente las primeras del rollo. «Estos relatos han sido compuestos para ser guardados en la piel de las cabras, no en la memoria», se decía. Cineto estaba, pues, en el secreto de la escritura en complicidad con su maestro, y eso creía que era razón suficiente para hacer incomprensible la decisión de forzarle al destierro, siendo como era uno de sus más leales colaboradores.

Cuando llegó a la casa de Enópito, una esclava le abrió la puerta y lo hizo pasar como si nada hubiera ocurrido. Cintia, la hija de su maestro, contrapunto gozoso de la tediosa tarea del copista, salió a recibirlo. Como siempre, lo acompañó a una estancia elevada, a unos diez pies del suelo, a la que se accedía desde el patio y que Enópito había hecho construir para guardar sus escritos clandestinos. Era como un santuario, al que Cineto solía dirigirse

tan pronto como ponía los pies en la casa. Así ocurría desde hacía años. Por fortuna, Enópito no estaba en casa, igual que su esposa, lo que facilitaba notablemente las cosas. Cuando llegaron al aposento, tras cerrar de un portazo la frágil puertecilla de madera, Cineto comenzó a explicarle a Cintia la nueva situación mientras los dos se quitaban atropelladamente la ropa. Rodaron por el suelo en la mejor compañía, los rollos de Homero, de Hesíodo, de Hecateo o de Anaximandro. Una vez apaciguados los efluvios de Eros, Cintia se abrazó a Cineto con fuerza, como queriendo entrar en la piel del amado y unirse a su destino. Habían sido muchos los momentos furtivos que habían vivido juntos en aquel escritorio para que ahora, sin previo aviso, viniera alguien a sajar de cuajo lo que los propios dioses habían dispuesto.

–Volveré, Cintia. Estratis no será eterno –le decía Cineto, que se había cuidado de no implicar a Enópito en la orden de destierro, al tiempo que empezó a coger rollos y a colocarlos con cuidado en el zurrón.

Cargó con todo lo que pudo. Al fin y al cabo, él los había puesto por escrito, mientras que su maestro le robaba el tiempo obligándole a escribir en lugar de adiestrarlo en la recitación de los poemas de Homero. «Robo por robo», se decía. No eran momentos de cálculo ni de remordimientos. Ahora tocaba actuar. Cuando terminó de escoger lo que le interesaba, tomó a Cintia por el brazo, la levantó y le dijo mientras la abrazaba:

–Mi memoria es más fuerte que mil tiranos.

–¡No te vayas!

–Ahora no puedo quedarme, pero te veré antes de partir.

Cineto se dirigió de nuevo a su casa y escondió con mimo en su habitación el pingüe botín. Nicómaco ya tenía aparejado el carro. Juntos se dirigieron a casa de Panionio. Era un armador, amigo de su padre, que, con el buen tiempo de finales de la primavera, se había trasladado a su vivienda veraniega junto al mar, a unos treinta estadios de la ciudad. Habían convenido la visita el día anterior, pues no era frecuente que Panionio estuviera en Quíos en esta época del año. Cruzaron la llanura verde, flanqueado el camino por limoneros, olivos y campos de lentisco. Una belleza exterior para la que el ánimo de Cineto no se hallaba bien dispuesto. Estaba muy hecho al penetrante olor a polvo, limones y miel de la tupida maquia de Quíos, pero ahora tenía embotados los sentidos, mudos para la poesía. Atravesaron una zona pantanosa en la que crecían las aneas, una planta que solían recolectar para fabricar con sus tallos trenzados los asientos de las sillas y otros utensilios domésticos. Cineto ni siquiera dedicó a aquellas plantas el más fugaz de los pensamientos, pese a que siempre se había imaginado que Ulises, en la isla de los feacios, había cubierto su desnudez con hojas de aneas antes de salir del matorral en busca de la ayuda que habría de prestarle la princesa Nausícaa.

La casa de Panionio era testigo del esplendor del comercio de Quíos. Ningún detalle escapaba a su dueño: las paredes pulcramente enjalbegadas, los jardines simétricos a cada lado del pasillo central que conducía a la mansión, una vegetación seleccionada de plantas y

árboles que contrastaba con la maquia espontánea de los alrededores. El esplendor de la finca, todos lo sabían, no podía ocultar la mala fama que Panionio tenía entre los quiotas. Como otros muchos, se dedicaba al comercio de esclavos, entre los que abundaban los egipcios y los tracios. La especialidad de Panionio eran los eunucos. Él mismo seleccionaba a los jóvenes más apuestos y hermosos, y los castraba para venderlos en Sardes y Éfeso. En Quíos los esclavos son muy abundantes y se los trata severamente, lo que no impide que la mayoría considerase abominable el oficio de Panionio. Él se justificaba con el mercado, diciendo que en Sardes un esclavo castrado, por la absoluta confianza que inspiran, valía el doble que uno dotado de sus atributos. Muchos de ellos acababan siendo personajes influyentes en la corte de los reyes persas. En el decir de Panionio, a los eunucos les esperaba una vida mucho más placentera que a los demás, hasta el punto de que, si seguías su discurso, su abominable oficio acababa pareciendo un deber filantrópico. No eran sólo los reyes persas los que demandaban eunucos. En los viejos cultos religiosos relacionados con la Diosa Madre, que en Sardes, la capital de Lidia, llamaban Cibeles, encarnación de la maternidad y la fecundidad, los sacerdotes eran eunucos, y lo mismo ocurría en los ritos de Ártemis efesia.

El propio Panionio salió a recibirlos:

–Hola, muchachos. ¿Cómo está mi buen amigo Teófilo?

–Está bien. Siente no poder venir en persona.

–Para mí, un hijo, y vosotros dos sois la natural continuidad del padre.

–Ya sabe a qué venimos.

–Todo está dispuesto. Quios mira a Oriente. Ésa es mi ruta natural, Sardes, Éfeso, Mileto. Vosotros diréis.

–Yo prefiero Occidente –dijo Cineto–. Se cuentan muchas historias.

–¿Cuándo quieres partir?

–Ya que he de irme, quiero hacerlo cuanto antes.

–Un buen cliente mío zarpa dentro de unos días hacia Atenas. No tendrá inconveniente en hacerte un hueco en el barco.

Cineto se abrazó a sus rodillas.

–Basta, muchacho, tu padre es el más noble y valeroso de los quietas, pero demasiado bueno...

Dejó pasar un rato hasta que su lengua se soltó.

–No debería hacer caso de ese carcamal de Enópito.

–No ha sido él, ha sido Estratis, el tirano, el que ha dictado la sentencia –puntualizó tímidamente Nicómaco.

–¡Inocentes! ¿Es eso lo que cree vuestro padre?

–Está convencido y teme por la vida de Cineto –replicó Nicómaco, muy puesto en su papel de hermano mayor.

–Por menos de esto otros han sido vendidos como esclavos –contestó Cineto con ojos de terror.

–Yo os contaré la verdad. Ha sido Enópito el que ha ido con el cuento a Estratis, que si tú te reunías con los conjurados, que si preparabas versos para los nuevos gobernantes.

–Todo eso es falso. Yo era uno de sus discípulos y no se cansaba de elogiarme.

–Eso es lo que te ha perdido, hijo. Ese viejo se está haciendo de oro vendiendo los versos que copiabas tú y

otros discípulos. ¿Nunca te has preguntado para qué quería Enópito tantos *pellejos* pintarrajeados? ¿Cuántas veces has copiado los mismos cantos de Homero? Los elogios han cegado tu inteligencia. En la vida no basta con la memoria, hay que tener algo más.

A Cineto se le abrían los ojos, los ojos incrédulos que abren el paso a la convicción.

–Los Homéridas tenéis prohibido vender copias de los cantos de Homero, que piden de todas partes. Os consideráis los legítimos sucesores del anciano ciego de la rocosa Quíos y, para evitar la competencia, confiáis a la memoria este valioso tesoro. Os permiten tener una copia para vuestro uso y nada más. Yo no he tocado ese negocio, pero lo conozco. Muchos amigos míos se embolsan buenas minas con la venta de esos *pellejos*. Al fin y al cabo, en un cargamento de trigo es muy fácil añadir unos cuantos rollos, que luego venden en los puertos de cualquier ciudad al precio que uno pida. Enópito ha sido listo. Se ha puesto al frente del negocio y se ha hecho con la exclusiva. Parece tan buen comerciante como ese loco de Mileto, Tales, que, según se cuenta, se hizo rico alquilando todos los molinos de aceite de la región. Si alguien quería moler las olivas, tenía que ir a Tales. Aquí pasa lo mismo, si alguien quiere un *pellejo*, tiene que ir a Enópito. Todo el clan de los Homéridas no sois más que una caterva de vasallos de vuestro presidente, un ejército a su servicio.

«Todo cuadra», pensaba Cineto mientras escuchaba a Panionio, describiendo con todo detalle el negocio.

–Enópito –prosiguió– ha dictado sentencia de destierro porque tú, muchacho, te habías convertido en un peligro para él. Sin duda te has ido de la lengua y has



debido de comentar con alguien tu trabajo de amanuense. Hay otros detalles que apuntan a lo mismo: tú pasabas muchas horas en casa de Enópito, tu propio padre se extrañaba de que el viejo, tan avaro como es, le cobrase tan poco. Además, no era normal que un rapsoda tuviera necesidad de tanto tiempo de aprendizaje.

–Cómo ha podido ese viejo... –murmuró Nicómaco.

–Hay muchos oficios que tienen mala fama, como el mío, mientras que Enópito es un honorable ciudadano de Quíos. Yo lo admiro como comerciante. Los de Esmirna, los de Colofón y de otras ciudades también reclaman para sí el honor de ser la patria de Homero, pero nadie como los rapsodas de Quíos ha tenido la audacia de considerarse sus legítimos sucesores. Por eso los escritos de aquí son los más apreciados.

Convencidos y estremecidos los dos hermanos con el relato de Panionio, Cineto preguntó tras un corto silencio:

–¿Qué nos recomienda usted?

–O acatar su orden o enfrentarse a él.

–Enfrentarnos, ¿cómo? –se atrevió a insistir Cineto.

–Directamente, cuerpo a cuerpo. No hay otra opción. ¿Podéis valeros de otros medios? ¿Tienes suficientes amigos –dijo dirigiéndose a Cineto– como para echarlo de la presidencia de los Homéridas? ¿Podéis recurrir a Estratis? Como comerciante os aconsejo eludir el combate.

–Tomaré ese barco. Atenas no es un mal destino –afirmó Cineto con determinación.

Los dos hermanos se despidieron de Panionio agradeciéndole el favor y admirados por la información, tan convincente, tan fría, tan rigurosa, de que disponía aquel

comerciante. Salieron los dos convencidos de ser más sabios y, por más sabios, más conscientes de su impotencia y de su desgracia. «Habría sido más poético ser expulsado de Quíos por la orden arbitraria de un tirano», se decía Cineto. El camino de regreso fue más lento, porque la lentitud es compañera de la decepción. Cineto creía que las yeguas que tiraban del carro lo agradecerían, mientras pensaba que Panionio le había quitado la escasa dulzura que le restaba al destierro. Había oído historias de ciudades e islas vecinas en las que sabios como Pitágoras de Samos o rapsodas como Jenófanes de Colofón habían tenido que emprender el camino del destierro. Le halagaba la idea de verse equiparado a ese tipo de hombres a los que admiraba, y ahora, tras oír a Panionio, aquella idea que él pugnaba de todos modos por mantener en pie se desvanecía. Enópito no era el tirano de Quíos, pero sí un personaje poderoso y, después de todo, se amparaba en el tirano para forzar su marcha. Aquí empezó a comprender Cineto que debía sobreponerse, afirmar sus convicciones y sus proyectos, su vitalidad, su deseo de vivir, su juventud, como murallas de protección, y que si todo eso se derrumbaba, no le quedaría más que el camino del vértigo y del desfallecimiento. Trataba de darse ánimos y defenderse frente a pensamientos que acudían a su mente en son amenazador. ¿Podría acaso llevarse consigo al menos el recuerdo enamorado de Cintia? Era un nuevo motivo para preferir salir de Quíos expulsado por un tirano antes que por el padre de su amada.

El lentisco, el arbusto siempre verde que por su abundancia Cineto solía mirar con indiferencia, expresaba su gozo primaveral con un apretado manto de flo-

res amarillentas que, en los más madrugadores, comenzaban a dar paso a sus drupas rojas. Ahora le parecían hermosos, ahora que ya no le cabían dudas de que sus horas en la isla estaban contadas, y que debía aprovecharlas para engrosar en lo posible el zurrón de sus recuerdos. «Algún día –pensaba– yo cantaré a la hermosa tierra de Quíos, a los pinos y a las encinas, los brezos y los madroños, al árbol del amor y a la coscoja, a las flores blancas, rosas o amarillas de la jara que florece en primavera, y a Cintia, la de hermosos tobillos, la que escucha absorta mis palabras de dulzura, la que hiela mi lengua hasta que un fuego sutil recorre mi piel.»

Todo estaba ya arreglado. El morral lleno de rollos que Enópito le había hecho copiar con engaño era una pequeña venganza sobradamente justificada. Su madre se afanaba en prepararle la ropa, pero él sólo pensaba en cómo verse con Cintia por última vez. Le hizo llegar un mensaje a través de Simeta, la hermana de Cineto, cuatro años más joven que él, que conocía el secreto de su amor. Ya otras veces se habían encontrado en un rincón apartado del amplio jardín de la casa de Enópito en las noches cálidas del final de la primavera y del verano. Aunque Cintia tardaba esta vez más de lo habitual, Cineto estaba decidido a esperar hasta el amanecer. Se imaginaba la sarta de invectivas que Enópito habría vomitado contra él. Tan pronto la vio llegar, el amor le cegó la mente como la primera vez que se encontraron a escondidas de sus padres en el pequeño escritorio. Cineto estrechó a su amada en sus brazos, permaneciendo hasta el amanecer los dos tendidos sobre el tapiz espeso y mullido de blanda hierba, vigilados por las chispeantes estrellas del novilunio.

Cuando llegó el día fijado para la marcha, Cineto se despidió de sus padres en casa. No quisieron pasar por el trago de una despedida pública en el puerto. Su madre le dio todo tipo de consejos entre lágrimas.

–Los tiranos no son eternos. Volveré pronto –mascullaba Cineto con escasa convicción.

–Mira, esto lo he dejado para el final –le dijo entregándole un hermoso jacinto, color violeta pálido, de forma ovalada, que tenía grabada la imagen de Posidón con un tridente en la mano derecha y un delfín a sus pies–. Debes llevarlo siempre en el bolso y te ayudará a aumentar tus recursos. Además, tiene un poder especial que no tienen otras piedras: salva de la tempestad a todos los navegantes.

Al llegar al puerto, Panionio le presentó a Evandro, el capitán del barco en el que Cineto iba a viajar. El precio convenido eran dos dracmas, que Evandro rechazó.

–Ese dinero lo vas a necesitar, muchacho –comentó Panionio con satisfacción.

Embarcó tras abrazar a Nicómaco, llevando con dificultad los numerosos fardos que su madre le había preparado. Allí empezó Cineto, que salía de la isla de Quíos por primera vez, a conocer las cosas del mar. La nave comercial en que viajaba era de las llamadas redondas, no porque tuvieran esta forma, sino porque eran más cortas que los navíos de guerra, los penteconteros, cuyo nombre alude a los cincuenta remeros de que iban provistos, aparte de las velas. Apenas recorridos unos estadios, se dio cuenta de la diferencia de ambas embarcaciones al ver

cómo la suya era adelantada por uno de esos navíos que, por su afilada forma y por su viveza de movimiento, se parecía a la flecha que se dirige rauda hacia el blanco.

–Cuando navegas a vela, estás a merced de los vientos –le dijo Evandro al notar la impericia del joven–. Claro que resulta mucho más barato, porque Posidón no ha fijado tarifas por el momento.

–Todo llegará, patrón –respondió agradeciendo la confianza.

–Panionio me ha contado el motivo de tu viaje.

De inmediato, apenas oídas estas palabras, el rostro de Cineto se llenó de tristeza, tanta que casi afloraron las lágrimas en sus ojos. Evandro interpretó la reacción del joven como algo natural y le habló con palabras certeras de consuelo.

–Dime, Cineto, ése es tu nombre, ¿no?

–Sí, Cineto, hijo de Teófilo, quiota.

–¿Ves a esas dos hermosas mujeres?

Mientras preguntaba, la vista de Evandro parecía quedarse prendada de los encantos de las dos jóvenes que habían embarcado en Quíos. Y sin perderlas de vista, prosiguió:

–Pues a ésas nadie las ha expulsado de su ciudad. Se van porque quieren, dicen que a conocer mundo.

–No veo qué tiene que ver eso conmigo –comentó Cineto, que parecía haber dominado ya sus impulsos emotivos.

–Tiene tanto que ver que vuestros casos son semejantes: ellas se van de su tierra y tú te vas de Quíos. En el fondo es lo mismo: tanto tú como ellas os vais de vuestra ciudad a otros lugares.

–Pero entre irse por propia voluntad o por la voluntad del tirano hay gran diferencia.

–Ahí quería llegar. El tirano puede expulsarte de Quíos, y en eso termina su poder. Cambia tu mente, muchacho. El mundo no acaba en tu rocosa isla; hay otras tierras, otra gente por ejemplo, esas dos hermosas muchachas.

Cineto pensó en su Cintia, en la última noche sobre el mullido césped del jardín, en sus encuentros en el escritorio entre rollos y pellejos. Pero las dos jóvenes, que conversaban y miraban con aire provocador, viajaban en el mismo barco, y poco a poco la fuerza de su presencia se imponía sobre el recuerdo de Cintia a medida que la tierra de Quíos iba quedando irremediablemente atrás.

–Antes de llegar al Pireo –prosiguió Evandro–, te habrás olvidado del destierro. De eso me encargo yo.

Las dos jóvenes se acercaron y se dirigieron al patrón con tanta confianza que Cineto pensó si no serían parientes, tal vez sus sobrinas o quizás hijas de algún amigo. Tocado por el aguijón de la curiosidad, comenzó a interesarse por ellas, aunque no se atrevió a dirigirles la palabra.

Con el viento favorable, la nave había alcanzado ya los tres nudos, la velocidad normal de ese tipo de embarcación.

Al caer la noche, Evandro invitó a Cineto a cenar con él. Lo agradeció tanto que empezó a sacar de sus alforjas las suculentas viandas que su madre le había preparado para los diez días de viaje, sin reparar en el orden que ella había establecido. «El primer día come-

rás estas chuletas de cerdo, el segundo cordero», y así el resto hasta los últimos días, en que podía empezar a comer la carne seca, la salazón de pescado, el queso y los higos. Olvidando estos consejos, sacó de sus alforjas todo lo que le quedaba cuando las dos jóvenes se unieron a la mesa del patrón.

–¡Bienvenidas! –dijo Cineto.

Eran mayores que él, como de unos treinta años.

–Muchacho, el viaje dura diez días. Guarda una pera para la sed –dijo Evandro al ver aquella exposición alimentaria.

Las dos muchachas se dispusieron a comer lo que Cineto les ofrecía, pese al gesto de desaprobación de Evandro.

–Como el patrón no abre el pico, nos tendremos que presentar. Yo me llamo Nanion y mi compañera, Euterpe.

–Yo soy Cineto, de Quíos. ¿Y vosotras?

–Hemos pasado los últimos años en Colofón. Así que somos de allí.

–Habéis nacido allí, queréis decir.

–Basta de cháchara –atajó Evandro–. Vosotras a vuestro trabajo.

–Panionio era más simpático que tú, gruñón. Mañana tendrás tus dos dracmas –dijo Nanion.

–Más las dos mías –agregó Euterpe–. Y después, si quieres algo, seremos tus socias, no tus esclavas.

Las jóvenes se retiraron con enfado y determinación, haciendo ver a Evandro que, si no cumplía con las condiciones acordadas, no se iban a dejar dominar fácilmente.

Cineto ganaba confianza por momentos, más después de aquella comida común que había afianzado los lazos de amistad entre los dos hombres. Evandro, al principio, expresaba deferencia y cortesía hacia un cliente que venía recomendado por uno de los hombres más influyentes de Quíos, y también uno de los más ricos. Pero ahora la generosidad de Cineto, ligada a su inexperiencia franca y candorosa y al aura que le daba su esplendor juvenil, había despertado también la simpatía del patrón.

–Son dos putas –dijo Evandro en tono paternal tras haberse retirado las muchachas–. Ten cuidado con ellas.

Cineto daba muestras visibles de no comprender.

–Ven conmigo al timón.

Evandro miró al cielo, de azul radiante, y, tras dar descanso a su oficial, le explicó la historia.

–Hasta ahora eran esclavas de Panionio. Él les propuso un trato: durante diez años, ellas ejercerían de prostitutas en uno de los burdeles que tenía en la ciudad de Colofón. Él las alimentaría y pagaría los gastos; ellas, a cambio, le entregarían los ingresos del trabajo. Pasados los diez años, las dejaría libres. Y ahí las tienes. Por eso ahora quieren cambiar de ciudad, irse a un sitio donde nadie las conozca y comenzar de nuevo. Panionio es muy listo. Dice que, si un esclavo tiene la esperanza cierta de la libertad, trabaja mejor y se esfuerza más. Ésa es su táctica. Tiene una cosa buena, y es que cumple siempre con su palabra. Todo lo demás es reprochable. A estas pobres las ha dejado en el barco sin un óbolo y les ha dado la idea: que se paguen el billete con su trabajo. Aquí en el barco, ya ves, la mayoría somos hombres, así que tienen



la clientela asegurada y sin competencia. Por eso te digo que no te acerques a ellas y que cuides tu dinero.

Cineto no tenía intención de hacer caso a Evandro, aunque formalmente le dio las gracias por la información.

—¿Y qué trato han hecho con usted? Ellas han hablado de ser socias.

—Con el trabajo de una noche les basta para pagar el billete, a dos óbolos por polvo. Las noches restantes repartiremos las ganancias, la mitad para ellas y la otra mitad para mí.

—No me parece justo.

—¿Qué quieres? Les he dejado mi camarote y, además, tengo hijos que alimentar. Cásate y sabrás cuánto comen seis bocas.

Cineto, con la excusa de coger algo de su equipaje, se dirigió al camarote de Evandro y pudo ver que varios tripulantes y pasajeros estaban esperando en la puerta.

—Haz cola, muchacho —le dijo uno de ellos.

—A la velocidad que llevan, sale mejor hacérselo uno mismo —comentó otro.

—A mí no me van a joder. Les diré a esas putas que carguen los dos óbolos en la cuenta del patrón.

Cineto, intimidado por las voces procaces de aquellos hombres fornidos que apenas podía ver a la pálida luz de una pequeña lámpara que había en la entrada del camarote, guardaba silencio mientras esperaba su turno, temeroso de que Evandro descubriese su intención.

—Ahora te toca a ti, joven —le dijo uno de los que habían llegado después.

—Esperaré, no me importa.

Cuando ya habían pasado todos, entró Cineto, mirando a uno y otro lado para cerciorarse de que el patrón no andaba por ahí.

–Ya creíamos que no ibas a visitarnos –le dijo Nanion–. Por la cara que pones, se te nota que es la primera vez.

–Un joven virgen es un lujo. Déjame primero –pidió Euterpe a su compañera de oficio–. Para empezar, ¿tienes los dos óbolos? ¿O crees que por ser amigo del jefe te lo vamos a hacer gratis?

–Yo no venía a... esto.

–Pues ya puedes marcharte. Nosotras estamos trabajando.

–No seas desagradecida, Euterpe. Recuerda que hemos cenado en su mesa –replicó Nanion.

Era ya muy avanzada la madrugada y para las dos jóvenes había sido una larga noche de trabajo, aunque al parecer muy rentable.

–Las cuentas, Nanion: treinta polvos, diez dracmas –dijo Euterpe tras contar el dinero–. Ha desfilado ante nosotras casi todo el pasaje. Mañana podremos descansar.

Las dos jóvenes llevaban caja común, y se veía que Euterpe era la administradora. El beneficio era notable, ya que, después de pagar las cuatro dracmas del pasaje, les quedaban limpias otras seis.

El camarote del patrón parecía la alcoba de una modesta posada preparada para la ocasión. Había dos camas, separadas por un pequeño bastidor. Dos lámparas de aceite permitían observar la estancia con un cierto detalle, pues Evandro no se la había mostrado durante el día, limitándose a enseñarle las cubiertas

inferiores y las bodegas, así como el lugar que le correspondía, donde tenía todo el equipaje, salvo la bolsa que llevaba consigo y en la que guardaba las dracmas y el amuleto que le había entregado su madre. Era una estancia rectangular, sin apenas decoración y con pocos muebles. Aparte de las dos camas, una muy pequeña, había una mesa con un taburete plegable y un arcón con cerradura. A Cineto le llamó la atención uno de los tabiques, provisto de unos estantes en los que pudo ver almacenados centenares de rollos, que le recordaban los que tenía Enópito en su escritorio. Luego comprobó que la mayoría de ellos no estaban escritos, salvo los que se hallaban en el estante superior al que podía llegar fácilmente con sus más de seis pies de altura. Las dos jóvenes no habían sentido ninguna curiosidad por esta mercancía, hasta que vieron a Cineto husmeando con avidez.

—Cineto, el patrón nos ha dicho que no toquemos esos *pellejos* —advirtió Nanion.

El barco seguía su navegación nocturna sin ningún contratiempo cuando Evandro se presentó en el camarote. Montó en cólera, no tanto por ver a Cineto entre sus rollos, sino al comprobar que no había seguido sus consejos. Se calmó cuando Euterpe le entregó las cuatro dracmas de sus pasajes, pero recriminó a las jóvenes que hubiesen trabajado a destajo precisamente la noche que no compartían las ganancias.

—Ése fue el pacto —atajó Euterpe sin contemplaciones—. Mañana, que lo sepas, nos tomamos día de descanso.

—¡Tú, deja esos rollos en su sitio! —dijo con cara de pocos amigos a Cineto, quien los había desplegado so-

bre la mesa para aprovechar la luz de la lámpara que había junto a ella.

Tuvo tiempo para comprobar que algunos los había escrito él mismo, lo cual demostraba que Panionio no le había engañado y que Enópito, cuya misión era defender los derechos de los Homéridas, los rapsodas de Quíos, a recitar en exclusiva los poemas épicos de su poeta, se dedicaba precisamente a lo contrario, a exportarlos y difundirlos.

Cineto se despidió. Una vez recostado en el banco que tenía asignado, durmió profundamente tras aquella jornada marinera, la más larga y agitada de su vida. Poco después del amanecer, cuando su vigoroso aliento se acompañaba plácidamente con el rítmico cabeceo del barco, una algarabía tumultuosa procedente de la cubierta llegó hasta las bodegas. Carreras, golpes y empujones se mezclaban con los gritos punzantes de dos madres que viajaban con niños de corta edad. El estruendoso caudal de caos y ruido, además de embotar los oídos, parecía también envolver los ojos con un velo cegador. Instintivamente, Cineto buscó a Evandro, quien puso una espada en sus manos y le asignó un lugar de combate en la borda. Cualquier patrón de barco mercante estaba acostumbrado a estos episodios, que para Evandro eran cosa natural después de tantos años en el oficio. Sólo se quejaba de que los piratas encarecían el negocio, pues había que llevar a hombres adiestrados no ya sólo en los remos y en el velamen, y en general en el arte de la navegación, sino también en el arco y la espada. Cuando atacaban los piratas, los pasajeros se convertían en soldados que se ponían espontáneamente a las órdenes del patrón. Todos los hom-

bres útiles empuñaban cualquier objeto, navajas, cuchillos, estacas, para defenderse, pues sabían que si los piratas triunfaban, les esperaba la esclavitud o la muerte. Los que no estaban en disposición de combatir, por ser viejos o muy niños, se refugiaban con las mujeres en las bodegas.

Los piratas afortunadamente parecían de poca monta, ya que cambiaron el rumbo tan pronto como los arqueros se prepararon para la primera descarga, sin necesidad de usar la lanza y la espada.

Cuando la alarma por los piratas había cesado y todo había vuelto a la normalidad, Evandro le dijo a Cineto:

–Ayer te vi muy interesado en los rollos.

–Es mi oficio. Los rapsodas tenemos ahora una gran ayuda para nuestra memoria.

–De modo que sabes escribir.

–¡Claro!

–Entonces, ¿qué pintas en este barco? ¿Sabes cuánto vale cada uno de esos rollos?

–No sabía que se vendieran.

–Todo se vende, muchacho. Por los que contienen dos cantos de Homero, que son los más frecuentes, se viene a pagar hasta cinco dracmas. No está mal, ¿verdad?

–¿Dónde los compra?

–En Quíos.

–He visto que muchos no están escritos.

–Los que están en blanco son más baratos, pero también se venden bien. Aunque los compro en Quíos, me han dicho que los importan de la ciudad fenicia de Biblos. Dicen que es el mejor material para la escritura, y que lo fabrican los egipcios con el tallo de una planta acuática que crece junto al Nilo y que se llama papiro.